

Requerila yo de amores,
Y ella me fué á demandar
Que le diese tres cabezas
De Paris, esa ciudad,
Que si estás yo le llevo
Conmigo había de casar;
La una es la de Oliveros,
La otra de Don Roldan,
La otra del esforzado
Reinaldos de Montalvan.—
Don Roldan cuando esto oyera
Así empezó de hablar:
—Mujer que tal te pedía
Cierto te quería mal,
Porque esas no son cabezas
Que tú las puedes cortar!—
Mas porque fuese castigo,
Y otro se haya de guardar
De desaliar los doce,
Ni venir á los buscar,
Echó mano á un estoque
Para el moro matar.
La cabeza de los hombros
Luego se la fué á cortar;
Llevóla al Emperador
Y fuésela á presentar.
Los doce cuando esto vieron
Toman placer singular
En ver así muerto al moro,
Y por tal mengua le dar.
También trajo á Valdovinos
Qu'él mismo lo fué á soltar.
Así murió Calaynos
En Francia la natural,
Por manos del esforzado
El buen paladin Roldan.

(Cancionero de Romances.—It. Floresta de varios Romances.)

¹ Cervantes en su *Quijote* cita este romance. No sabemos por qué pasa como proverbio el refran que dice: *Tan malo como las coplas de Calaynos*. Lo cierto es que aunque le convienen en mucha parte las observaciones que hicimos en la nota del del número 367, es sin embargo de los mejores en su clase, y aun de otros que pasan por buenos. Su narracion es interesante y bastante animada; está lleno de sencillez en muchas partes, á veces bien sentido, y ménos lánguido y pesado que otros. Acaso el refran no habla de este romance, sino de algunas coplas antiguas que nos son desconocidas. Por lo demas el asunto de este romance, mudados los nombres de sus interlocutores y alterada la escena y las circunstancias, lo es también de un poema italiano impreso á mediados del siglo xvi, con título de *La gran guerra é rotta dello scapigliato*. Este héroe fué un moro enamorado de Roseta, princesa de Rusia, cuya mano ganó siendo vencedor en una justa; pero que exigió de él, que ántes de poseerla le presentase las cabezas de Roldan y de Reinaldos que habían muerto á Gradaso, primo de ella, y á su hermana la gigante Roventa. El *Scapigliato*, es decir, el *Despreñado*, en vez de vencer á los dos paladines, queda muerto por Reinaldos, aunque despues de haber vencido grandes batallas contra los pares de Francia.

² En la *Floresta de varios romances* dice así, con mejor leccion:

O á quién preguntar podria
Dónde estaban los palacios
A do Sevilla vivia.

³ En el poema *Dello scapigliato*, también se llama Almanzor el padre de la infanta Roseta, que allí hace el mismo papel que aquí Sevilla.

⁴ San Juan de Letran está en Roma, y no en Paris.

ROMANCES QUE TRATAN DE DON GAYFEROS.

374.

GAYFEROS.—I.

(Anónimo ¹.)

Estábase la Condesa,
En el su estrado asentada,
Tisericas de oro en mano;

Su hijo afeitando estaba.
Palabras le está diciendo,
Palabras de gran pesar:
Las palabras tales eran
Que al niño hacen llorar.
—Dios te dé barbas en rostro,²
Y te haga barragane;
Déte Dios ventura en armas,
Cómo el paladin Roldane,
Porque vengases, mi hijo,
La muerte de vuestro padre:
Matáronlo á traicion
Por casar con vuestra madre.
Ricas bodas me hicieron
En las cuales Dios no ha parte;
Ricos paños me cortaron,
La Reina no los ha tales.—
Magüera pequeño el niño
Bien entendido lo hace.
Allí respondió Don Gayferos,
Bien oiréis lo que diráe:
—Ruégole así á Dios del cielo
Y á Santa Maria su Madre.—
Oído lo había el Conde
En los palacios do estáe:
—Calles, calles, la Condesa,
Boca mala sin verdade!
Que yo no matara el Conde,
Ni lo hiciera matare;
Mas tus palabras, Condesa,
El niño las pagarae.—
Mandó llamar escuderos,
Criados son de su padre,
Para que lleven al niño,
Que lo lleven á matare.³
La muerte que él les dijera
Mancilla es de la escuchare:
—Córtenle el pie del estribo,
La mano del gavilane,
Sáquenle ambos los ojos
Por mas seguro andare,
Y el dedo, y el corazon
Traédmelo por señale.—
Ya lo llevan á Gayferos,
Ya lo llevan á matare;
Hablan los escuderos
Con mancilla que dél hane.
—Oh válasme Dios del cielo
Y Santa Maria su Madre!
Si á este niño matamos
¿Que galardón nos darane?
Ellos en aquesto estando,
No sabiendo qué harane,
Vieron venir una perrita
De la Condesa su madre.
Allí habló el uno de ellos,
Bien oiréis lo que diráe:
—Matemos esta perrita
Por nuestra seguridade,
Saquémosle el corazon
Y llevémoslo á Galvane,
Cortemos el dedo al chico
Por llevar mejor señale.—
Ya tomaban á Gayferos,
Para el dedo le cortare;
—Venid acá vos, Gayferos,
Y querednos escuchare;
Vos idos de aquesta tierra
Y en ella no parezcáis mase.—
Ya le daban entre señas
El camino que harae:
—Iros heis de tierra en tierra
A do vuestro tío estáe.—
Gayferos desconsolado
Por ese mundo se vae:
Los escuderos se volvieron
Para do estaba Galvane.
Danle el dedo, y corazon
Y dicen que muerto lo hane

La Condesa qu'esto oyera
Empezara á gritos dare:
Lloraba de los sus ojos
Que queria reventare.
Dejemos á la Condesa,
Que muy grande llanto hace,
Y digamos de Gayferos
Del camino por do vae,
Que de dia ni de noche
No hace sino caminar,
Hasta que llegó á la tierra
Adonde su tío estáe.
Dícele d'esta manera,
Y empezó de hablare:
—Manténgaos Dios, el mi tío.
—Mi sobrino, bien vengais:
¿Que buena venida es esta?
Vos me la quereis contare.
—La venida que yo vengo
Triste es y con pesare,
Que Galvan con grande enojo
Mandado me había matare:
Mas lo que os ruego, mi tío,
Y lo que os vengo á rogare,
Vamos á vengar la muerte
De vuestro hermano, mi padre:
Matáronlo á traicion
Por casar con la mi madre.
—Sosegáos, el mi sobrino,
Vos os querais sosegare,
Que la muerte de mi hermano
Bien la irémos á vengare.—
Ellos así se estuvieron
Dos años y aun mase,
Hasta que dijo Gayferos
Y empezara de hablare.

(Cancionero de Romances.—It. Siguense dos romances de Don Gayferos. etc. Pliego suelto.)

¹ Este romance y el que sigue, con muchas variantes, que son incorrecciones mas bien, se imprimieron en un pliego suelto intitulado: *Siguense dos romances de Don Gayferos en que se contiene cómo mataron á Don Galvan*. 4.º, got., á dos columnas, sin año ni lugar.

² En el pliego suelto mencionado, dice así:

Dios te deje crecer, hijo,
Y llegar á barragane,
Dios te dé barbas en rostro
Y en el cuerpo fuerza grande.

³ En la vida de Genoveva, condesa de Bravante, hay una escena parecida en todo á la que sigue. No carece este romance de crecido interes, y tanto que hay muchos cuentos é historias vulgares, que adoptan los lances y escenas que en él se hallan.

375.

GAYFEROS.—II.

(Anónimo ¹.)

—Vámonos, dijo, mi tío,
A Paris esa ciudade
En figura de romeros,
No nos conozca Galvane,
Que si Galvan nos conoce
Mandaria nos matare.
Encima ropas de seda
Vistamos las de sayale,
Llevemos nuestras espadas
Por mas seguros andare;
Llevemos sendos bordones
Por la gente asegurare.—
Ya se parten los romeros,
Ya se parten, ya se vane,
De noche por los caminos,
De dia por los jarales.
Andando por sus jornadas
A Paris llegado hane;
Las puertas hallan cerradas,
No hallan por donde entrare.

Siete vueltas la rodean
Por ver si podrán entrare,
Y al cabo de las ocho
Un postigo van á hallare.
Ellos que se vieron dentro
Empiezan á demandare;
No preguntan por meson,
Ni ménos por hospitale,
Preguntan por los palacios
Donde la Condesa estáe,
Y á las puertas del palacio
Allí van á demandare.
Vieron estar la Condesa,
Y empezaron de hablare:
—Dios te salve, la Condesa,
—Los romeros, bien vengades.
—Mandedes nos dar limosna
Por honor de caridade.
—Con Dios vades, los romeros,
Que no os puedo nada dare,
Qu'el Conde me había mandado
A romeros no albergare.
—Dadnos limosna, señora,
Qu'el Conde no lo sabrae;
Así la dén á Gayferos
En la tierra donde estáe.—
Así como oyó Gayferos
Comenzó de sospirare:
Mandábales dar del vino,
Mandábales dar del pane.
Ellos en aquesto estando
El Conde llegado hae:
—¿Qu'es aquesto, la Condesa?
Aquesto ¿qué puede estare?
¿No os tenia yo mandado
A romeros no albergare?—
Dijo y alzara su mano,
Puñada le fuera á dare,
Que sus dientes menudicos
En tierra los fuera á echare.

Allí hablaron los romeros,
Y empezáronle de hablare:
—¿Por hacer bien la Condesa
Cierto no merece male!
—Callede vos, los romeros,
No hayades vuestra parte!—
Alzó Gayferos su espada,
Un golpe le fué á dare
Que la cabeza de sus hombros
A tierra la fuera á echare:
Allí habló la Condesa
Llorando con gran pesare:
—¿Quién érades, los romeros,
Que al Conde fuistes matare?—
Allí respondió el romero,
Tal respuesta le fué á dare:
—Yo soy Gayferos, señora,
Vuestro hijo naturale.

—Aquesto no puede ser,
Ni era cosa de verdade,
Qu'el dedo, y el corazon
Yo los tengo por señale.
—El corazon que vos tenéis
En persona no fué á estare,
El dedo bien es aqueste,
Aquí lo veréis faltare.—
La Condesa qu'esto oyera
Comenzó de abrazare:
La tristeza que tenía
En placer se fué á tornare.

(Cancionero de Romances.—It. Siguense dos romances de Don Gayferos, etc. Pliego suelto.)

¹ No desmerece en nada al anterior. En uno y otro con lisura y sencillez se retratan las costumbres feudales, y las consecuencias de ellas. El fuerte y poderoso señor, ó con astucia ó con las armas, oprimia á los débiles y los hacia victimas de sus pasiones; pero al mismo tiempo, ó Dios que castigaba conservando los medios de la expiacion, ó otros caballeros generosos, eran el escudo y los vengadores de la inocencia.

376.

GAYFEROS.—III.

(Anónimo⁴.)

No con los dados se gana,
Ni con las tablas el crédito,
Ni arrojando leves cañas
Reputacion entre buenos:
No con bizarras libreas,
Ni con mujeriles juegos,
Ni con empresas, ni cifras
Recamadas de oro y negro:
No con vanas esperanzas,
Ni con vestidos soberbios,
Ni con guantes olorosos,
Medallas ni camaféos:
Con arnés, espada y lanza
Como buenos combatiendo,
Cuando se ofrece ocasion,
Se ilustran los caballeros.
Mejor fuera que entre moros
Esos azares del juego,
Como son acá en París,
Fueran en Sansueña encuentros;
Y esas plumas y medallas,
Que llevais en el sombrero,
¡Harto mejor parecieran
En la cimera del yelmo!
¡Y en lugar de aquea ropa
De martas y terciopelo,
Un fino arnés de Milan
Estuviera mas honesto!
¡Mal parece que en París
Sustenteis vos los torneos,
Sabiendo que vuestro honor
Teneis en Sansueña preso!
Vuestro honor es vuestra esposa:
Si hay honor en vuestro pecho
Debe de ser vuestra sangre
El rescate de su cuerpo.
Conviértanse ya las tablas,
Los dados y pasatiempos
En pensamientos honrados;
Dejad bajos pensamientos.
Dejad cañas, tomad lanzas;
Dejad seda, vestí acero;
Sean vuestros juegos armas,
Vuestras galas sean trofeos.
Gallarda empresa es la honra
No querais mas alto premio,
Pues donde aquesta se estima
No hay empresa de mas precio.
No por ser hijo de un rey
Y de un emperador yerno
Pretendais que sois ilustre,
Si no lo son vuestros hechos.
Aquel es honrado y noble
Que tiene honrados respetos,
Que en altos pechos se crian
Los mas honrados intentos.
Porque yo sea bien nacido,
No cumplo con lo que debo,
Si en los negocios de honra
Doy con obras mal ejemplo.
¡Si como teneis las causas
Tuvierades los efectos,
No estuviera vuestra esposa
En Sansueña ha tanto tiempo
Que cuando no os obligara
El conyugal sacramento,
Obligárais ser mujer,
Si fuérais buen caballero.
No lo sois, pues que no haceis
El debido cumplimiento,
Siendo vos á quien mas toca
Como esposo y como deudo;
Que cuando esta obligacion
No se hallara de por medio,

Ella estuviera ya libre,
O yo por librarla muerto.
Si no os correis con ser mozo
De lo que yo con ser viejo,
Correos de ver vuestra honra
Andar en corrillos necios.
Considerad que es mujer
Cautiva, ausente y con celos;
No quiero deciros mas;
Miradlo pues sois discreto.—
Esto dijo Carlo-Magno
A su sobrino Gayferos,
Que estaba jugando tablas
Con el valiente Oliveros.

(Romancero general.)

⁴ A diferencia de los anteriores, este romance deja muy bien percibir que es de fines del siglo XVI. A él dió asunto el principio del antiguo, del núm. 377.

377.

GAYFEROS.—IV.

(Anónimo⁴.)

Asentado está Gayferos
En el palacio reale;
Asentado está al tablero
Para las tablas jugare.
Los dados tiene en la mano,
Que los quiere arrojare,
Cuando entró por la sala
Don Carlos el emperante.
De que así jugar lo vido
Empezóle de mirare;
Hablándole está hablando
Palabras de gran pesare:
—Si así fuédes, Gayferos,
Para las armas tomare,
Como sois para los dados,
Y para tablas jugare,
Vuestra esposa tienen moros,
Iriadesla á buscare:
Pésame á mí por ello
Por que es mi hija carnale.
De muchos fué demandada,
Y á nadie quiso tomare:
Pues con vos casó por amores,
Amores la han de sacare;
Si con otro fuera casada
No estuviera en catividade.—
Gayferos cuando esto vido,
Movido de gran pesare
Levantóse del tablero
No queriendo mas jugare,
Y tomáralo en las manos
Para haberlo de arrojare,
Si no por quien con él juega,
Que era hombre de linaje:
Jugaba con él Guarinos,
Almirante de la mare.
Voces da por el palacio,
Que al cielo quieren llegare;
Preguntando va, preguntando
Por su tío Don Roldane.
Halláralo en el patín,
Que quería cabalgare:
Con él era Oliveros
Y Durandarte el galane,
Con él muchos caballeros
De los de los doce pares:
Gayferos desde lo vido
Empezóle de hablare:
—Por Dios os ruego, mi tío,
Por Dios os quiero rogare,
Vuestras armas y caballo
Vos me lo querais prestare,
Que mi tío el Emperante
Tan mal me quiso tratare,

Diciendo que soy para juego
Y no para armas tomare.
Bien lo sabeis vos, mi tío,
Bien sabeis vos la verdade,
Que pues busqué á mi esposa
Culpa no me deben dare.
Tres años anduve triste
Por los montes y los valles
Comiendo la carne cruda,
Bebiendo la roja sangre,
Trayendo los pies descalzos,
Las uñas corriendo sangre.
Nunca yo hallarla pude
En cuanto pude buscare:
Ahora sé que está en Sansueña,
En Sansueña, esa ciudade.
Sabeis que estoy sin caballo,
Sin armas otro que tale,
Que las tiene Montesinos,
Que es ido á festejare
Allá á los reinos de Hungría
Para torneos armare,
Y yo sin caballo y armas
Mal la podré libertare;
Por esto os ruego, mi tío,
Las vuestras me querais dare.—
Don Roldán de qu' esto oyó
Tal respuesta le fué á dare:
—Callad, sobrino Gayferos,
No querades hablar tale;
Siete años vuestra esposa
Ha que está en captividade;
Siempre os he visto con armas
Y caballo otro que tale,
Agora que no las teneis
La queréis ir á buscare.
Sacramento tengo hecho
Allá en San Juan de Letrane
A ninguno prestar armas,
No me las hagan cobardes:
Mi caballo está bien vezado,
No lo querria mal vezare.—
Gayferos que esto oyó
La espada fuera á sacare;
Con una voz muy sañosa
Empezara de hablare:
—¡Bien parece, Don Roldán,
Siempre me quisiste male!
Si otro me lo dijera
Mostrara si soy cobarde;
Mas quien á mí ha injuriado
No lo vais por mí á vengare;
Si vos tío no me fuédes
Con vos querria pelear.—
Los grandes que allí se hallan
Entre los dos puestos se hane
Hablando le ha Don Roldán,
Empezóle de hablare:
—¡Bien parece, Don Gayferos,
Que sois de muy poca edade!
Bien oistes un ejemplo,
Que conoceis ser verdade,
Que aquel que bien os quiere
Ese os quiere castigare.
Si fuérades mal caballero
No os dijera yo esto tale;
Mas porque sé que sois bueno
Por eso os quise así hablare,
Que mis armas y caballo
A vos no se han de negare,
Y si queréis compañía
Yo os querria acompañare.
—Mercedes, dijo Gayferos,
De la buena voluntad;
Solo me quiero ir, solo,
Para haberla de sacare:
Nunca me dirá ninguno
Que me vido ser cobarde.—
Luego mandó Don Roldán

Sus armas aparejare;
El encubierta el caballo
Por mejor lo encubertare;
El mismo pone las armas
Y le ayudaba á armare.
Luego cabalgó Gayferos
Con enojo y con pesare.
Pésale á Don Roldán,
También á los doce pares,
Y mas al Emperador
De que solo le vió andare;
Y desde ya se salia
Del gran palacio reale,
Con una voz amorosa
Llamáralo Don Roldane:
—Esperá un poco, sobrino;
Pues solo queréis andare,
Dejédesme vuestra espada,
La mia querais tomare,
Y aunque vengan dos mil moros
Nunca les volvais la haze:
Al caballo dadle rienda
Y haga á su voluntad,
Que si él ve la suya
Bien os sabrá ayudare,
Y si ve demasia
D'ella os sabrá sacare.—
Ya le daba su espada,
Y toma la de Roldane;
Da de espuelas al caballo,
Sálese de la ciudade.
Don Beltran desde ir lo vido
Empezóle de hablare:
—Tornad acá, hijo Gayferos,
Pues que me teneis por padre,
Tan solamente que os vea
La Condesa vuestra madre,
Tomará con vos consuelo,
Que tan tristes llantos hace,
Y daráos caballeros
Los que hayais necesidad.
—Consoladla vos, mi tío,
Vos la querais consolare,
Acuérdese que me perdió
Chiquito y de poca edade;
Haga cuenta que de entónces
No me ha visto jamase,
Que ya sabeis que en los doce
Corren malas voluntades,
Y no dirán vuelvo por ruego,
Mas que vuelvo por cobarde,
Que yo no volveré en Francia
Sin Melisendra tornare.—
Don Beltran de que lo oyera
Tan enojado hablare,
Vuelve riendas al caballo
Y entróse en la ciudade.
Gayferos en tierra de moros
Empieza de caminare;
Jornada de quince dias
En ocho la fué á andare.
Por las sierras de Sansueña
Gayferos mal airado vae;
Las voces que iba dando
Al cielo quieren llegare.
Maldiciendo iba el vino,
Maldiciendo iba el pane,
El pan que comian los moros,
Mas no de la cristiandade:
Maldiciendo iba la dueña
Que tan solo un hijo pare;
Si enemigos se lo matan
No tiene quien lo vengare:
Maldiciendo iba al caballero
Que cabalga sin un paje;
Si se le cae la espuela
No tiene quien se la calce:
Maldiciendo iba el árbol
Que solo en el campo nasce,

Que todas las aves del mundo
En el van á quebrantare,
Que de rama ni de hoja
Al triste dejan gozare.
Dando estas voces y otras
A Sansueña fué á llegare.
Viérnes era en aquel día
Los moros su fiesta hacen :
El Rey iba á la mezquita
Para la zala rezare,
Con todos sus caballeros
Cuanto él pudo llevare.
Cuando allegó Gayferos
A Sansueña, esa ciudad,
Miraba si vería alguno
A quien poder demandare :
Vido un cativo cristiano
Que andaba por los adarbes ;
Desde lo vido Gayferos
Empezóle de hablare :
—Dios le salve, el cristiano,
Y te torne en libertade,
Nuevas que pedirte quiero
No me las quieras negare.
Tú que andas con los moros
Dime si oiste hablare
Si hay aquí alguna cristiana,
Que sea de alto linaje?—
El cativo que lo oyera
Empezara de llorare :
—Tantos tengo de mis duelos,
De otros non puedo curare!
Que todo el día caballos
Del Rey me hacen pensare,
Y de noche en honda sima
Me hacen aquí aprisionare.
Bien sé que hay muchas cativas
Cristianas de gran linaje,
Especialmente hay una
Qu'es de Francia naturale :
El rey Almanzor la trata
Como á su hija carnale :
Sé que muchos reyes moros
Con ella quieren casare :
Por eso idos, caballero,
Por esa calle adelante,
Veréislas á las ventanas
Del gran palacio reale.—
Derecho se va á la plaza,
A la plaza la mas grande.
Allí estaban los palacios
Donde el Rey solía estare :
Alzó los ojos en alto
Por los palacios mirare,
Vido estar á Melisendra
En una ventana grande
Con otras damas cristianas,
Qu'están en captivade.
Melisendra que lo vido
Empezara de llorare,
No por que lo conociese
En el jesto ni en el traje,
Mas en verlo con armas blancas
Acordóse de los pares,
Acordóse de los palacios
Del Emperador su padre,
De justas, galas, torneos,
Que por ella solían armare.
Con voz triste y muy llorosa
Le empezara de llamare :
—Por Dios os ruego, caballero,
Queráisos á mi llegare ;
Si sois cristiano ó moro
No me lo queráis negare,
Daros he unas encomiendas,
Bien pagadas os serane :
Caballeros si á Francia ides
Por Gayferos preguntade,
Decidle que la su esposa

Se le envía á encomendare,
Que ya me parece tiempo
Que la debía sacare.
Si no me deja por miedo
De con los moros pelear,
Debe tener otros amores,
De mí no lo dejan acordare :
¡ Los ausentes por los presentes
Lijeros son de olvidare!
Aun le diréis, caballero,
Por darle mayor señale,
Que sus justas y torneos
Bien las supimos acae.
Y si estas encomiendas
No recibe con solace,
Daréislas á Oliveros,
Daréislas á Don Roldane,
Daréislas á mi señor
El Emperador mi padre :
Diréis como está en Sansueña,
En Sansueña esa ciudad,
Que si presto no me sacan
Mora me quieren tornare :
Casarme han con el rey moro
Que está allende la mare :
De siete reyes de moros
Reina me hacen coronare ;
Segun los reyes me acuitan
Mora me harán tornare ;
Mas amores de Gayferos
No los puedo yo olvidare.—
Gayferos que esto oyera
Tal respuesta le fué á dare :
—No lloreis vos, mi señora,
No queráis así llorare,
Porque esas encomiendas
Vos mesma las podeis dare,
Que á mí allá dentro en Francia
Gayferos suelen nombrare.
Soy el infante Gayferos
Señor de Paris la grande,
Primo hermano de Oliveros,
Sobrino de Don Roldane,
Amores de Melisendra
Son los que acá me traen.—
Melisendra qu'esto vido
Conociólo en el hablare,
Tiróse de la ventana,
La escalera fué á tomare,
Salióse para la plaza
Donde lo vido estare.
Gayferos cuando la vido
Presto la fué á tomare ;
Abrázala con sus brazos
Para haberla de besare.
Allí estaba un perro moro
Por los cristianos guardare ;
Las voces daba tan altas
Que al cielo quieren llegare.
Al alarido del moro
La ciudad mandan cerrare :
Siete veces la rodean,
No hallan por do escapare.
Presto sale el rey Almanzor
De la mezquita rezare :
Veréis tocar la trompeta
Aprieta y no de vagare,
Veréis armar caballeros
Y en caballos cabalgare
Tantos se arman de los moros
Que gran cosa es de mirare.
Melisendra que lo vido
En una priesa tan grande
Con una voz delicada
Le empezara de hablare :
—Esforzado Don Gayfer
No querades desmayare,
Que los buenos caballeros
Son para necesidad :

¡ Si d'esta escapais, Gayferos,
Harto teneis que contare!
¡ Ya quisiera Dios del cielo
Y Santa María su Madre
Fuese tal vuestro caballo
Como el de Don Roldane!
Muchas veces le oi decir
En el palacio imperiale,
Que si se hallaba cercado
De moros en algun lugare,
Al caballo aprieta la cincha,
Y aflojábale el pretale,
Hincábale las espuelas
Sin ninguna piedade :
El caballo es esforzado,
De otra parte va á saltare.—
Gayferos de qu'esto oyó
Presto se fuera á apeare ;
Al caballo aprieta la cincha,
Y aflojábale el pretale ;
Sin poner pié en el estribo
Encima fué á cabalgare,
Y Melisendra á las ancas,
Que presto las fué tomare.
El cuerpo le da y cintura
Por que lo pueda abrazare
Al caballo hinca la espuela
Sin ninguna piedade.
Corriendo venian los moros
Aprieta y no de vagare ;
Las grandes voces que daban
Al caballo hacen saltare.
Cuando fuéron cerca los moros
La rienda le fué á largare ;
El caballo era lijero,
Púsoló de la otra parte.
El rey moro qu'esto vido
Mandó abrir la ciudad ;
Siete batallas de moros
Todos de zaga le vane.
Volviéndose iba Gayferos,
No cesaba de mirare ;
De que vido que los moros
Le empezaban de cercare,
Volvióse á Melisendra,
Empezóle de hablare :
—No os enojeis, mi señora,
Seráos fuerza aquí apeare,
Y en esta grande espesura
Podeis, señora, aguardare,
Que los moros son tan cerca,
De fuerza nos han de alcanzare,
Vos, señora, no traéis armas
Para haber de pelear ;
Yo, pues que las traigo buenas,
Quiérolas ejercitare.—
Apeóse Melisendra
No cesando de rezare,
Las rodillas puso en tierra,
Las manos fué á levantare,
Los ojos puestos al cielo
No cesando de rezare :
Sin que Gayferos volviese
El caballo fué á aguijare.
Cuando huía de los moros
Parece no puede andare,
Y cuando iba hácia ellos
Iba con furor tan grande,
Que del rigor que llevaba
La tierra hacía temblare.
Donde vido la morisma
Entre ellos fuera á entrare :
Si bien pelea Gayferos,
El caballo mucho mase.
Tantos mata de los moros
Que no hay cuento ni pate ;
De la sangre que salía
El campo cubierto se hae.
El rey Almanzor qu'esto vido

Empezara de hablare :
—¡ Oh válame tú, Alá!
¿ Esto qué podia estare?
¡ Que tal fuerza de caballero
En pocos se puede hallare!
Debe ser el encantado
Ese paladin Roldane,
O debe ser el esforzado
Renaldos de Montalvane,
O es Urgel de la Marcha
Esforzado y singular ;
No hay ninguno de los doce
Que bastase hacer lo tale.
Gayferos que esto oyó
Tal respuesta le fué á dare :
—Calles, calles, el rey moro,
Calles, y no digas tale,
Muchos otros hay en Francia,
Que tanto como estos valen ;
Yo no soy ninguno d'ellos,
Mas yo me quiero nombrare :
Soy el infante Gayferos,
Señor de Paris la grande,
Primo hermano de Oliveros,
Sobrino de Don Roldane.—
El rey Almanzor que lo oyera
Con tal esfuerzo hablare,
Con los mas moros que pudo
Se entrara en la ciudad.
Solo quedaba Gayferos,
No halló con quien pelear ;
Volvió riendas al caballo
Por Melisendra buscare :
Melisendra que lo vido
A recibir se lo sale ;
Vidole las armas blancas,
Tintas en color de sangre.
Con voz muy triste y llorosa
Le empezó de preguntare :
—Por Dios os ruego, Gayferos,
Por Dios os quiero rogare,
Si traéis alguna herida
Queráismela vos mostrare,
Que los moros eran tantos
Quizá os habrán echo male :
Con las mangas de mi camisa
Os la quiero yo apretare,
Y con la mi rica toca
Yo os las entiendo sanare.
—Calledes, dijo Gayferos,
Infanta, no digais tale,
Por mas que fueran los moros
No me podían hacer male,
Qu'estas armas y caballo
Son de mitio Don Roldane ;
Caballero que las trujere
No podia peligrare.
Cabalgad presto, señora,
Que no es tiempo de aquí estare ;
Antes que los moros tornen
Los puertos hemos pasare.—
Ya cabalga Melisendra
En un caballo alazane ;
Razonando van de amores,
De amores, que no de al ;
Ni de los moros han miedo
Ni d'ellos nada se dane :
Con el placer de ambos juntos
No cesan de caminar,
De noche por los caminos,
De día por los jarales,
Comiendo las yerbas verdes
Y agua si pueden hallare,
Hasta que entraron en Francia
Y en tierra de cristiandade :
Si hasta allí alegres fuéron,
Mucho mas de allí adelante.
A la entrada de un monte,
Y á la salida de un valle,

Caballero de armas blancas
De lejos vieron asomarse :
Gayferos desde lo vido
La sangre vuelto se le hae,
Diciendo á su señora :
— ¡ Esto es mas de recelare,
Que aquel caballero que asoma
Gran esfuerzo es el que trae !
Que sea cristiano ó moro,
Fuerza será pelear :
Apéaos vos, mi señora,
Y veni de mí á la pare.—
De la mano le traía
No cesando de llorare.
Lléganse los caballeros,
Comienzan aparejare
Las lanzas y los escudos
En son de bien pelear.
Los caballos ya de cerca
Comienzan de relinchare ;
Mas conoció Gayferos
Y empezara de hablare :
— Perded cuidado, señora,
Y tornad á cabalgare,
Que el caballo que allí viene
Mío es en la verdate ;
Yo le di mucha cebada
Y mas le entiendo de dare ;
Las armas segun que veo
Mias son otro que tale,
Y aun aquel es Montesinos
Que á mi me viene á buscare,
Que cuando yo me partí
No estaba en la ciudad.—
Plugo mucho á Melisendra
Que aquello fuese verdate.
Ya que se van acercando
Cuasi juntos á la pare,
Con voz alta y crecida
Empiézanse de interrogare.
Conócense los dos primos
Entónces en el hablare ;
Apeáronse á gran priesa,
Muy grandes fiestas se hacen.
De que hubieron hablado
Tornaron á cabalgare :
Razonando van de amores,
De otro no quieren hablare.
Andando por sus jornadas
En tierra de cristiandade,
Cuantos caballeros hallan
Todos los van compañare,
Y dueñas á Melisendra,
Doncellas otro que tale.
Al cabo de pocos dias
A Paris van á llegare :
Siete leguas de la ciudad
El Emperador les sale ;
Con él sale Oliveros,
Con él sale Don Roldane,
Con él el infante Guarinos,
Almirante de la mare,
Con él sale Don Bermudez,
Y el buen viejo Don Beltrane,
Con él muchos de los doce
Que á su mesa comen pane,
Y con él iba Doña Alda,
La esposa de Roldane ;
Con él iba Julianesa,
La hija del rey Juliane ;
Dueñas, damas y doncellas
Las mas altas de linaje.
El Emperador abraza su hija
No cesando de llorare ;
Palabras que le decia
Dolor eran de escuchare.
Los doce á Don Gayferos
Gran acatamiento le hacen
Tiénelo por esforzado

Mucho mas de allí adelante,
Pues que sacó á su esposa
De muy gran captividade :
Las fiestas que le hacian
No tienen cuento ni pare.

(Códice del siglo xvi.—It. Cancionero de Romances.
—It. Silva de varios Romances.—It. Floresta de
varios Romances.)

¹ Este romance viejo, aunque se halla en el *Cancionero de Romances*, y con muchas variantes en la *Floresta de varios*, lo he trasladado de un códice del siglo xvi que tengo á la vista, y contiene la historia que Maese Pedro recitaba enseñando el retablo que consigo conducía. (*Quijote*, parte 2.^a, cap. xxvi.) El juego de ajedrez, en las crónicas fabulosas, en los romances y en los poemas, da margen á disputas mortales. Carloto, hijo de Carlo-Magno, mata á un paje á quien ganaba con trampas. Mudarra Gonzalez, también jugando al ajedrez, se destempla é irrita.

² Este verso y el que sigue dice Maese Pedro, enseñando su retablo, en la parte 2.^a cap. xxvi, del *Quijote*. Véase la nota puesta en el romance caballeresco, núm. 319, que dice :

Caballero, si á Francia ides,
Por mi señor preguntad, etc.

378.

GAYFEROS.—V.

(Miguel Sanchez, el Divino ¹.)

Oid, señor Don Gayferos,
Lo que como amigo os hablo ;
Que los dones mas de estima
Suelen ser consejos sanos.
Dejad un poco las tablas,
Escuchadme lo que entrambos,
Yo aconsejar, vos hacer,
Debemos como hijos-dalgo.
Melisendra está en Sansueña ²,
Vos en Paris descuidado ;
Vos ausente, ella mujer,
¡ Harto os he dicho, miraldo !
Asegúraos su nobleza :
Mas no os asegura tanto ;
Que vence un presente gusto
Mil nobles antepasados.
De Carlos el rey es hija ;
Mas es mujer, y ha mas años
La mudanza en las mujeres,
Que no la nobleza en Carlos.
Si enferma en la voluntad
Morrán respetos altos ;
Que no basta sangre buena,
Si el corazon no está sano.
Galanes moros la sirven,
Y aunque moros, recelados ;
Que sin duda querrá un moro
La que olvidare un cristiano.
Diferentes son las leyes ;
Mas no hay ley en pecho humano
Cuando llega á ser el alma
Idólatra de un cuidado.
Las mujeres son espejo,
Que viendo vuestro retrato,
Si os descuidais, y otro llega,
Hará con él otro tanto.
Su confuso entendimiento,
Es codicioso letrado,
Que hace leyes siempre al gusto
Del que llega á consultallo.
Su memoria es mar revuelto
Que luego que pasa el barco,
Si le buscais el camino,
No hallaréis senda ni rastro ;
Su voluntad mesonera,
Que aloja á los mas extraños,
Y olvida al que del umbral
De sacar acaba el paso.
No quiero deciros mas,

Con esto de mi amor salgo ;
Mas adviérteos mi lengua
Vuestro amor, y mis agravios.

(Romancero general.)

¹ Autor dramático de los mas famosos de principios del siglo xvii, de quien no nos queda otra comedia que la de *La guarda cuidadosa*.

² Verso que cita Maese Pedro cuando estaba enseñando su retablo. *Quijote*, parte 2.^a, cap. ix.

379.

GAYFEROS.—VI.

(Anónimo.)

El cuerpo preso en Sansueña
Y en Paris cautiva el alma,
Puesta siempre sobre el muro
Porque está sobre él su casa,
Vuelta en ojos Melisendra,
Y sus ojos vueltos agua,
Mira de Francia el camino
Y de Sansueña la playa,
Y en ella vió un caballero
Que junto á la cerca pasa.
Hácele señas y viene,
Que viene por quien le llama.
— Si sois cristiano, le dice,
O habeis de pasar á Francia,
Preguntad por Don Gayferos,
Y decid : ¡ que á cuándo aguarda ?
¡ Que harto mejor le estuviera
Jugando acá por mi lanzas,
Que no allá con pasajeros,
Jugando dados y cañas !
Que si quiere que sea mora,
Que otra cosa no me falta,
Y amándole, no es posible
Vivir un alma cristiana.—
¡ Tanto llora Melisendra
Que las razones no acaba !
Don Gayferos la responde,
Alzándose la celada :
— No es tiempo de desculparme,
Señora, de mi tardanza,
Pues el no tenella agora
Nos es de mucha importancia.—
Dícele que aguarde un poco,
Y en ménos de un poco baja ;
A ella en las ancas sube,
Y él en la silla cabalga,
Y á pesar de la morisma
La puso dentro de Francia.

(Romancero general.—It. Flor de varios y nuevos
Romances, 2.^a parte.)

380.

GAYFEROS.—VII.

(Anónimo.)

Cautiva, ausente y celosa,
De mil sospechas cercada,
Melisendra está en Sansueña
Contemplando en sus desgracias.
El camino la consuela
Que va de Sansueña á Francia,
Pues por él su libertad
Y á Don Gayferos aguarda ;
Y como el que aguarda tiene
La vida puesta en balanza,
Con lágrimas y suspiros
Dice viendo que se tarda :
« ¡ Cuitado del que aguarda,
Pues es igual el esperar á brasas ! »
No cansada de quererte,
Mas de esperarte cansada,

Vivo, ¡ ingrato Don Gayferos !
De esperar desesperada.
No me cansa el aguardarte,
Aunque el no verte me cansa ;
Que aguardar á quien no viene
Desesperacion se llama.
Si tú libre y en tu tierra
Estás sujeto á mudanzas,
Yo presa, mujer y ausente
Mas cerca estoy á las llamas.
« ¡ Cuitado del que aguarda,
Pues es igual el esperar á brasas ! »
Agravios me tienes hechos,
Si me olvidaste sin causa,
Pues con ella y con agravios
Quien se venga nunca agravia.
¡ Cuántos hay que por ausencia,
No siendo ausencia forzada,
Por vengar sus corazones
Se olvidaron de su fama !
¡ Pues yo presa y entre moros,
De mi cristiano olvidada,
Aunque olvide á quien me olvida
No merezco ser culpada !
Si en mi nobleza confias,
Has de tener confianza ;
Que agraviará su nobleza
Una mujer agraviada.
« ¡ Cuitado del que aguarda,
Pues es igual el esperar á brasas ! »
Porque puede en las mujeres
Mas una desconfianza,
Que la nobleza, Gayferos,
Cuando tan poco la guardan.
Pues considera, si sirves
En Paris damas cristianas,
Que, aunque moros, caballeros
En Sansueña me regalan,
Y que soy mujer, y vivo
Cautiva y desesperada ;
Y aunque soy hija de Carlos,
Soy mujer, y aquesto basta.
« ¡ Cuitado del que aguarda,
Pues es igual el esperar á brasas ! »
Y básteme haber perdido
De libertad la esperanza,
Para olvidar por un moro,
Quien olvida á una cristiana.
Bien sé yo que es liviandad,
Y de liviandad se pasa,
Pretender contra mi honor
De mis agravios venganza ;
Porque donde se atraviesa
Honor y nobleza tanta,
No habrá sinrazon tan grande
Que contra la razon valga.
« ¡ Cuitado del que aguarda,
Pues es igual el esperar á brasas ! »
Ni aun tampoco Dios permita
Que aunque mas de ti apartada,
Se me olvide á mi jamás ;
De lo que debo á mi alma ;
Que aunque mujer, soy ilustre,
Y en las tales jamas falta
El valor en tiempo alguno,
Si honra al valor acompaña :
Y si ha faltado en alguna,
Puede ser porque no alcanza
El ser natural, que es justo,
Si hacen injusta mudanza.
« ¡ Cuitado del que aguarda,
Pues es igual el esperar á brasas ! »
Mas también parece mal
Que esté en Sansueña encerrada,
Y que se esté Don Gayferos
En Paris jugando cañas,
El libre, y ella cautiva,
El querido, ella olvidada,
Ella llorando su ausenoia,

El en juegos y entre damas :
¡ Mira, pues que soy tu esposa !
Cuando no hubiera otra causa,
Te obligaba el ser mujer,
Y ser natural de Francia. —
Proseguir quiso, y no pudo
Su razon, que por ser tanta,
El grave dolor la incita
A llorar así sus ansias :
« ¡ Cuitado del que aguarda,
Pues es igual el esperar á brasas ! »

(Romancero general.)

381.

GAIFEROS. — VIII.
(Anónimo 4.)

Mil celosas fantasías,
Que del esperar se engendran,
A Melisendra combaten
En la torre de Sansueña.
Mira el camino de Francia
Que la enoja y la consuela,
Porque en él ve sus agravios,
Y de él su remedio espera.
Viendo que sus esperanzas,
Como fingidas, por fuerza
Se las lleva el presto viento,
También sus quejas le entrega,
Diciendo : — Siendo en Gayferos
No fingida la nobleza,
¿ Cómo niega obligaciones,
Y cómo olvida promesas ?
¿ Cómo podré yo creer
Que me ha querido de veras,
Quien en ausencia tan larga
Tiene tan larga paciencia ?
Siendo vivo, es imposible,
Si me quiere, se detenga ;
Porque no hay inconveniente
Que voluntad no le venga !
Si acaso nueva memoria
Hace que la mía pierda,
En balde espero la paga
De mi fe y de tantas deudas !
Que un ingrato corazón
Mucho mas recibe y precia
Desdeñ del que está presente,
Que del ausente firmeza.
¿ Cuántas y cuántas se han visto
Hacer de mudables muestra,
Por muestra de sus razones,
Mas que por ser lisonjeras !
Y si agraviadas se mudan,
Harto desculpadas quedan ;
Que el que ofende es quien agravia,
Y no agravia quien se venga.
Si se muestra descuidado
Por averiguar mis veras,
Hacer pruebas ofendiendo
Es peligrosa experiencia.
¿ Dichoso el que mira el bien,
Sin estos léjos de ausencia,
Que hacen menores los gustos
Y mayores las ofensas !
A mil imaginaciones
Hago grande resistencia,
Con ver que es mejor quejarme
Que dar ocasion á quejas. —
Pasara mas adelante,
Pero con la mucha pena,
Las lágrimas fueron tantas,
Que entorpecieron la lengua.

(Romancero general.)

4 Obsérvese que la situación de Gayferos y Melisendra ha servido en muchos romances que de ella tratan, para moralizar sobre los riesgos que corre un esposo descuidado, que ausente de su mujer no la atiende ni la protege como hombre y como caballero.

ROMANCES QUE TRATAN DE MONTESINOS, DEL
CONDE GRIMALTOS, DE DURANDARTE Y DE
BELERMA.

382.

EL NACIMIENTO DE MONTESINOS. — I.

(Anónimo 4.)

Muchas veces of decir
Y á los antiguos contar,
Que ninguno por riqueza
No se debe de ensalzar,
Ni por pobreza que tenga
Se debe menospreciar.
Miren bien, tomando ejemplo,
Do buenos suelen mirar,
Cómo el Conde, á quien Grimaltos
En Francia suelen llamar,
Llegó en las cortes del Rey
Pequeño y de poca edad.
Fué luego paje del Rey
Del mas secreto lugar ;
Porque él era muy discreto,
Y de él se podía fiar :
Y despues de algunos tiempos,
Cuando mas entró en edad,
Le mandó ser camarero
Y secretario real :
Y despues le dió un condado,
Por mayor honra le dar ;
Y por darle mayor honra
Y estado en Francia sin par
Lo hizo gobernador,
Que el reino pueda mandar.
Por su virtud y nobleza,
Y grande esfuerzo sin par
Le quiso tomar por hijo,
Y con su hija le casar.
Celebráronse las fiestas
Con placer y sin pesar.
Ya despues de algunos dias
De sus honras y holgar,
El Rey le mandó al Conde
Que le fuese á gobernar
Y poner cobro en las tierras
Que le fuera á encomendar.
Pláceme, dijera el Conde,
Pues no se puede excusar.
Ya se ordena la partida,
Y el Rey manda aparejar
Sus caballeros y damas
Para haber de acompañar.
Ya se partía el buen Conde
Con la Condesa á la par,
Y caballeros y damas
Que no le quieren dejar.
Por la gran virtud del Conde
No se pueden apartar :
De Paris hasta Leon
Le fuéron acompañar.
Vuélvense para Paris
Despues de placer tomar :
Las nuevas que dan al Rey
Es descanso de escuchar,
De cómo rige á Leon
Y le tiene á su mandar,
Y el estado de su Alteza
Como lo hacia acatar.
De tales nuevas el Rey
Gran placer fuera á tomar.
No prosigo mas del Rey,
Sino que lo dejo estar.
Tornemos á Don Grimaltos
Cómo empieza á gobernar,
Bien querido de los grandes,
Sin la justicia negar,

Trata á todos de tal suerte,
Que á ninguno da pesar.
Cinco años él estuvo
Sin al buen Rey ir á hablar,
Ni del Conde á él ir quejas,
Ni de sentencia apelar ;
Mas fortuna que es mudable,
Y no puede sosegar,
Quiso serle tan contraria
Por su estado le quitar.
Fué el caso que Don Tomillas 3
Quiso en traicion tocar :
Revolvióle con el Rey
Por mas le escandalizar,
Diciéndole que su yerno
Se le quiere rebelar,
Y que en villas y ciudades
Sus armas hace pintar,
Y por señor absoluto
El se manda intitular,
Y en las villas y lugares
Guarnicion quiere dejar.
Cuando el Rey aquesto oyera
Tuvo d'ello gran pesar,
Pensando en las mercedes
Que al Conde le fuera á dar.
¡ Solo por buenos servicios
Le pusiera en tal lugar,
Y despues por galardón
Tal traicion le ordenar !
El ha determinado
De hacerle justiciar.
Dejemos lo de la corte,
Y al Conde quiero tornar,
Que estando con la Condesa
Una noche á bel folgar,
Adurmiose el buen Conde,
Recordara con pesar ;
Las palabras que decia
Son de dolor y pesar :
— ¿ Que te hice, vil fortuna ?
¿ Por qué te quieres mudar
Y quitarme de mi silla
En que el Rey me fué á sentar ?
¡ Por falsedad de traidores
Causarme tanto de mal !
Que segun yo creo y pienso
No lo puede otro causar. —
A las voces que da el Conde
Su mujer fué á despertar ;
Recordó muy espantada
De verle así hablar,
Y hacer lo que no solia,
Y de condicion mudar.
— ¿ Qué habeis, mi señor el Conde ?
¿ En qué podeis vos pensar ?
— No pienso en otro, señora,
Sino en cosa de pesar,
Porque un triste y mal sueño
Alterado me hace estar.
Aunque en sueños no fiemos,
No sé á qué parte lo echar,
Que parecia muy cierto
Que vi una águila volar.
Siete halcones tras ella
Mal aquejándola van,
Y ella por guardarse d'ellos
Retrújose á mi ciudad ;
Encima de una alta torre
Allí se fuera á asentar ;
Por el pico echaba fuego,
Por las alas alquitran ;
El fuego que d'ella sale
La ciudad hace quemar :
A mí quemaba las barbas,
Y á vos quemaba el brial.
¿ Cierto tal sueño como este
No puede ser sino mal !
Esta es la causa, Condesa,

Que me sentiste quejar.
— Bien lo mereceis, buen Conde,
Si d'ello os viene algun mal,
Que bien ha los cinco años,
Que en corte no os ven estar,
Y sabeis vos bien, el Conde,
Quién allí os quiere mal,
Que es el traidor de Tomillas
Que no suele reposar :
Yo no lo tengo á mucho
Que ordene alguna maldad.
Mas, señor, si me creéis,
Mañana antes de yantar
Mandad hacer un pregon
Por toda esa ciudad,
Que vengan los caballeros
Que están á vuestro mandar,
Y por todas vuestras tierras
También los mandeis llamar.
Que para cierta jornada
Todos se hayan de juntar.
Desque todos estén juntos
Decirles heis la verdad,
Que quereis ir á Paris
Para con el Rey hablar,
Y que se aperciban todos
Para en tal caso os honrar.
Segun d'ellos sois querido,
Creo no os podrán faltar :
Iros heis con todos ellos
A Paris, esa ciudad,
Besaréis la mano al Rey
Como la soleis besar,
Y entonces sabréis, señor,
Lo que él os quiere mandar ;
Que si enojo de vos tiene
Luego os lo demostrará,
Y viendo vuestra venida
Bien se le podrá quitar.
— Pláceme, dijo, señora,
Vuestro consejo tomar. —
Pártese el conde Grimaltos
A Paris, esa ciudad,
Con todos sus caballeros
Y otros que él pudo juntar.
Desque fué cerca Paris
Bien quince millas 5 mas,
Mandó parar á su gente,
Sus tiendas mandó armar,
Hizo aposentar los suyos
Cada cual en su lugar.
Luego el Rey del hubó cartas,
Respuesta no quiso dar.
Cuando el Conde aquesto vido
En Paris se fué á entrar ;
Fuérase para el palacio
Donde el Rey solia estar ;
Saludó á todos los grandes,
La mano al Rey fué á besar
El Rey de muy enojado
Nunca se la quiso dar,
Antes mas le amenazaba
Por su muy sobrado osar,
Que habiendo hecho tal traicion
En Paris osase entrar ;
Jurando que por su vida
Se debia maravillar
Cómo, visto lo presente,
No lo hacia degollar ;
Y si no hubiera mirado
Su hija no deshonorar,
Que antes que el dia pasara
Lo hiciera justiciar :
Mas por dar á él castigo,
Y á otros escarmentar
Le mandó salir del reino
Y que en él no pueda estar.
Plazo le dan de tres dias
Para del reino vaciar